



Nietzsche,  
Rilke,  
Freud,  
pasaron  
por su vida

# El enigma de Lou von Salomé

María Ondina Braga



*Es difícil saber la verdad sobre Lou Salomé, tal es la diversidad de formas y matices que su carácter nos ofrece. Lo que sí podemos decir es que fue una mujer sumamente inteligente que decidió vivir fiel a sí misma, sin prestar importancia a lo que los demás pudieran pensar de ella, indiferente a todo tipo de prejuicios, valiente, decidida, libre.*

Nacida en San Petersburgo durante el mes de febrero de 1861, Louise von Salomé —hija de un general zarista— prolongó su vida hasta enero de 1937. Una larga existencia llena de fecundos contactos personales con varios de los hombres que más influirían en el pensamiento contemporáneo, y que ella supo aprovechar adelantándose a su tiempo en muchos aspectos. Mujer de gran belleza, D. Levine satirizó así (página de la izquierda) su relación con Freud.

**N**ACIO en San Petersburgo inmediatamente antes de la liberación de los esclavos en Rusia. Lou (Louise) Salomé vino al mundo bajo el signo de la libertad, el 12 de febrero de 1861. Su padre, el general Gustav von Salomé, que había llegado a Rusia siendo apenas un niño, después de la derrota de Prusia (la familia era de ascendencia francesa, pero habían vivido durante generaciones en los países bálticos), si hizo célebre por su valor durante la invasión de Rusia por Napoleón. A los 25 años era ya coronel. Siendo todavía muy joven fue nombrado Consejero del Estado y más tarde, Inspector del Ejército.

## UNA NIÑA EN LA FAMILIA

Después de cinco hijos varones, la llegada de una niña causó gran alegría al general, ya por aquel entonces con 57 años cumplidos. Su mujer, 19 años más joven que él, hubiera preferido otro varón. De alguna forma una niña tendría que aportar cierta confusión en una familia formada casi exclusivamente por hombres. Lejos estaba la «*generalscha*» de suponer en qué medida iba a ser más difícil de educar que todos sus otros hijos juntos.

Un nacimiento, sin embargo, felicitado por todo el Estado Mayor ruso, por el propio zar, por la prensa alemana, e incluso por la prensa moscovita.

El general, amante y extremadamente respetuoso con su mujer, no encontró nombre más hermoso para ponerle a la pequeña que el de aquella: Louise.

La madre de Lou, hija de industriales alemanes, pero nacida en San Petersburgo, era un espíritu práctico, ordenado

y profundamente religioso. En su diario, escrito en tres idiomas —alemán, francés y ruso— puede leerse en el día correspondiente a su boda, la promesa de dedicar su vida al esposo, a la familia y a Dios. Por este orden. Y así lo hizo.

En Lou va creciendo un cariño y admiración especiales por su padre. Es para ella casi como un Dios. Tal vez por ello sus amantes futuros habrán de asumir, en su subconsciente, el rol de protectores.

Sus hermanos desempeñan también en su infancia un papel destacado. Aunque le critiquen sus ademanes varoniles, están siempre bien dispuestos a defenderla y aguantar sus caprichos. Sacha, el mayor, la dejará desolada al morir, a los 50 años, durante la primera guerra mundial: «*Ahora me encuentro verdaderamente sola y sin protección*», exclamará Lou al saber la noticia.

Educada en una de las sociedades más brillantes de su época, Lou tuvo una infancia sin preocupaciones, rodeada de mimos, en un esplendoroso palacio, sin suponer que detrás de toda aquella apariencia de grandeza en que transcurría su vida en San Petersburgo, proliferaban la pobreza, la miseria y fermentaba la revolución.

Era una muchacha de naturaleza introvertida. Aunque sus padres con frecuencia abrían sus salones para recepciones mundanas, ella, prefiriendo la soledad, las rehusaba, entreteniéndose en reflexionar imaginando, olvidándose del tiempo e ignorando a las personas. Dios tenía un lugar preferente en su intimidad —sabemos que fue educada en una familia piadosa—, un Dios tolerante y bondadoso como su padre. Hablaba con

El todas las noches, le contaba todo y comenzaba sus conversaciones diciéndole: «*Como Tú sabes...*». Un Dios muy personal al que no gustaba rezarle en presencia de los demás.

Perder la fe en Dios fue, por ello, la primera conmoción moral que Lou sufrió. Todo tuvo su comienzo en una historia que un criado le había narrado acerca de un matrimonio de ancianos que había desaparecido «derritiéndose» durante la noche. Se trataba de una broma sobre unos muñecos de nieve, pero la niña empezó a pensar cómo podría ser posible que las personas desaparecieran así. Esa noche pidió a Dios que le respondiera, sólo con dos palabras, pues sabía que El estaba muy ocupado. Esperó. Y la respuesta no llegó. La duda surgió: ¿y si Dios no existe? Terrible. Ya no podía contarle historias. Tenía que acostumbrarse a vivir sin El, sin su refugio. Habría de ser una cicatriz de indeleble permanencia. Su primer libro, escrito a los veintitantos años, se titula **Una lucha por Dios**. A los 70 años confesaría a Freud que ese problema de fe todavía le obsesiona.

## SIN «MANERAS DE SEÑORA»

De natural rebelde, discute con sus hermanos cuando éstos le dicen que una muchacha tiene que comportarse mejor que un muchacho. ¿Por qué? No lo comprende. Al iniciar sus estudios cree que va a encontrar una explicación, pero sus condiscípulas le decepcionan. Hablan mucho pero no dicen nada. Es mejor estar sola o en compañía de sus hermanos. La escuela no le sirve. Todo cuanto aprende es en casa, por su cuenta, y más

tarde en la convivencia con los hombres que ocuparán su madurez amorosa.

Mientras, el clima revolucionario se agudiza. A su padre no le satisface la política de Alejandro II. La madre no entiende por qué es preciso invertir el orden de las cosas. Lou, sin embargo, moralmente está con los jóvenes que se entregan a la causa del pueblo. Tiene en el cajón de su cómoda la fotografía de la heroína revolucionaria, Vera Sassulitch, que había atentado contra la vida del zar. Le gusta pasear sola por las calles, hablar con los obreros, con los cocheros. Su madre se

lo recrimina: no hace bien. Si la madre organiza fiestas en su honor, dice que en lugar de bailar con muchachos elegantes de cabeza hueca, prefiere pasear descalza por los prados. Se ríe de los consejos maternos al decirle que debe comportarse como una señora. Los matrimonios de conveniencia social le horrorizan. Asegura que nunca será «ama de casa». Paralelamente, su entusiasmo por las nuevas ideas políticas va en aumento. Cuando sus hermanos vienen de vacaciones discuten juntos delante del samovar humeante. Lou admira a las muchachas de su misma condición

que abandonan su vida ociosa para hacer cursos de medicina, enfermeras o profesoras, con el fin de prestar servicios en pequeñas poblaciones.

Actos de terrorismo. Bomba en el Palacio de Invierno del zar. El general von Salomé enferma de gravedad. Lou, que está preparando su confirmación en la Iglesia Evangélica Reformada, a la que pertenece su padre (y lo hace por él, ya que hace tiempo que perdió la fe), advierte cómo el pastor no consigue convencerla con sus sermones y pláticas, y, a pesar de disgustar a su padre y escandalizar a la familia y a sus amigos, rechaza ser confir-



Dos filósofos, Paul Rée y Friedrich Nietzsche, se sintieron fascinados por la personalidad de Lou von Salomé. Las relaciones entre ellos no fueron fáciles, pese a intentar una «convivencia de tres». Les vemos fotografiados en Lucerna el 13 de mayo de 1882.

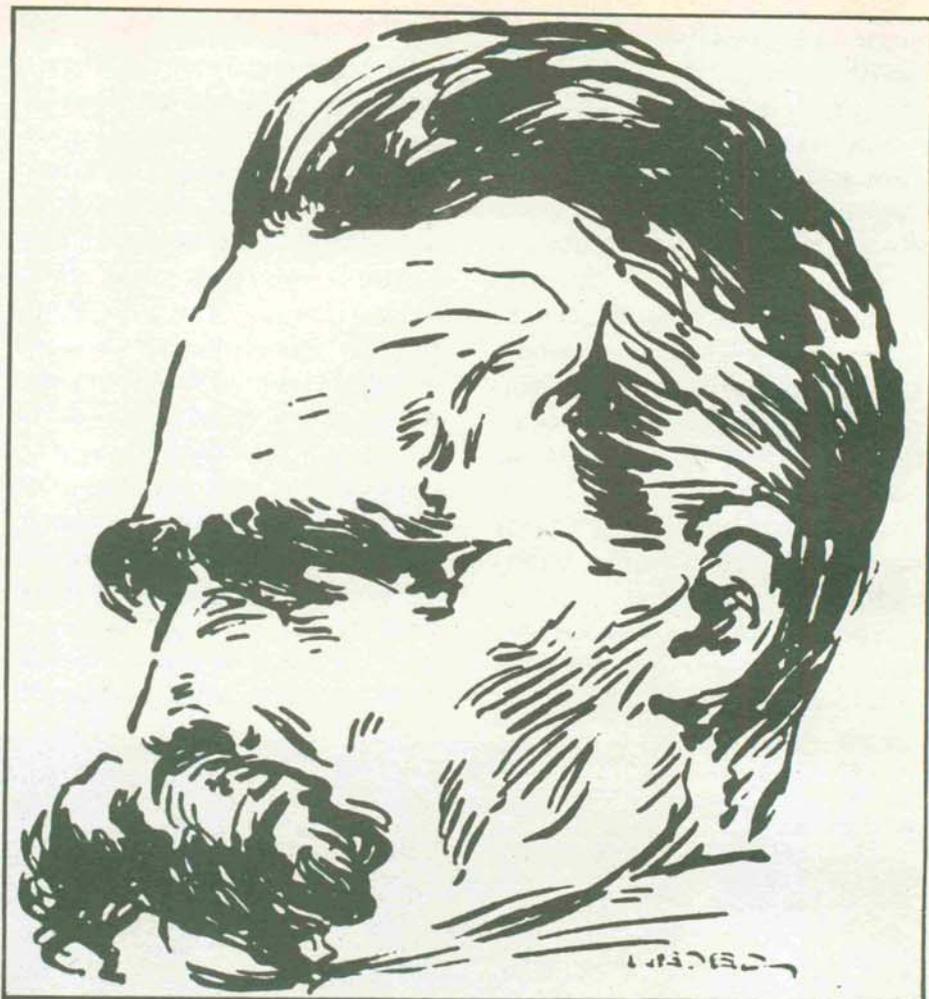
mada, aceptando a cambio otro año de instrucción.

Es entonces cuando aparece Gillot. Ministro de la Iglesia, Gillot viene a San Petersburgo como pastor para la Embajada Holandesa. Un hombre de mundo con ideas liberales y un famoso orador. Reza en alemán y en holandés, y la flor y nata de la sociedad de San Petersburgo va a escucharle en masa. También es un apuesto varón. Sus sermones se basan preferentemente en argumentos científicos y filosóficos, posponiendo los bíblicos, lo que no deja de impresionar a los intelectuales rusos agnósticos e incluso ateos.

Lou atraviesa unos momentos difíciles. Por una parte su padre enfermo, por otra su falta de fe y su inestabilidad política. Cuando un día escucha a Gillot, descubre que es el hombre que busca. Le escribe diciéndole que tiene que hablar con él «pero no a causa de escrúpulos religiosos».

Gillot, habituado a cartas de admiradoras, se enternece con la candidez y espontaneidad de Lou, recibéndola inmediatamente.

El primer encuentro es conmovedor. Lou se arroja en sus brazos, llorando. Cuando se da cuenta de la inteligencia de la joven, decide convertirla en su discípula predilecta. De esta manera, Lou estudia la historia comparada de las religiones, analiza supersticiones, símbolos y ritos; se prepara filosófica, metafísica y literariamente. Asimila todo de tal manera que acaba intelectualmente preparada para el resto de su vida. Es ahora cuando descubre su vocación de escritora. Gillot consiente que ella le escriba sus sermones dominicales y Lou comprueba el efecto que producen en una vasta audiencia.



La pasión sentida por Nietzsche —dibujo de Liedert— hacia Lou no se vio correspondida por ella. La depresión a que le condujo tal fracaso influyó en que el pensador alemán comenzase a escribir su «Así hablaba Zaratustra».

Todo esto es un secreto. Nadie de su familia sabe que ella frecuenta a Gillot. Un día, muerto ya el padre, Lou cuenta a su madre sus visitas clandestinas. Un escándalo. Pero Gillot logra convencer a la señora von Salomé para que Lou continúe sus estudios. Y así vence en una nueva batalla.

Mientras Lou adora a su maestro como si fuese un sustituto de Dios, Gillot se enamora de ella y un día, después de preparar su divorcio, le pide que se case con él.

Lou no acepta. Lo ama como puede amar una niña. Todavía no se ha despertado en ella la mujer. Viendo cómo Gillot sufre, decide abandonar Rusia, marchar al extranjero (más tarde, en su novela **Ruth**,

narrará la historia de este amor).

Es, pues, Gillot el primer hombre que se enamora de los encantos físicos e intelectuales de Lou Salomé y también el primero en conocer su naturaleza salvaje, libre, incapaz de dedicar toda su vida a un solo hombre.

El lugar del exilio de Lou es Zurich. Le acompaña su madre.

Lou sigue cursos de religión, filosofía, historia del arte. Los profesores la consideran una alumna brillante. Era austera en el vestir, pero su figura llamaba la atención: cabello oscuro, liso y recogido en la nuca, ojos azules y profundos, boca dulce y sensual. En una carta a su madre, uno de los profesores dice: «Su hija es

excepcional: tiene una pureza e integridad de carácter infantiles, y al propio tiempo una entereza de espíritu y una independencia de carácter que no son propias de una criatura, ni acaso de una mujer. Louise es un diamante».

Pero el exceso de trabajo le produce un gran cansancio físico e intelectual. Adelgaza, llegando a tener algunos vómitos de sangre. Los médicos le recomiendan los aires del sur. Lou se va a Italia.

En Roma, en casa de una famosa feminista alemana, Mavilda von Meysenburg, Lou conoce al filósofo Paul Rée, de origen judío, amigo de Nietzsche, con quien discute problemas filosóficos. Y Rée se enamora locamente de ella.

Lou le dice entonces: «¿Por qué los hombres no pueden ser simplemente amigos de las mujeres? ¿Por qué tienen que ser siempre maridos o amantes?»

Como la joven rusa no corresponde a su amor, Rée decide huir y Lou le llama cobarde. Entonces ella le cuenta un sueño que hace tiempo le obsesiona: vivir con dos hombres, trabajar los tres juntos y ser amigos. Rée, aunque asombrado ante tal proposición, la aprovecha, pensando que la tercera persona en cuestión debería ser un hombre maduro. Escribe a Nietzsche en ese sentido, quién acepta inmediatamente.

Por su parte, la madre de Lou hace todo lo posible para llevar a su hija de nuevo a Rusia.

## NIETZSCHE

Nietzsche, el gran filósofo y escritor, cuando acepta reunirse con Rée y Lou, está ya obsesionado con la joven rusa. Con cerca de 40 años, Nietzsche era un ser solitario y desa-

fortunado en sus amores. Sus amigos, principalmente Wagner, a quien le unía una gran amistad, le habían abandonado después de la publicación del libro: **Humano, demasiado humano**. Transcurría su vida nómada, en pensiones baratas, escribiendo, reflexionando, siempre con dolores de cabeza y trastornos digestivos.

Un contemporáneo suyo le describe así: «Frente amplia, cabello corto y fuerte, pómulos salientes, esclavos. Un gran bigote caído y un corte de cara audaz, le daban un aire de oficial de caballería, al mismo tiempo que una simultánea apariencia de tímido y altivo. Su voz cadenciosa y su decir pausado, denunciaban su temperamento de artista. Su caminar prudente y pensativo era el de un filósofo.»

Lou escribiría sobre él: «Sus ojos parecían los cancerberos de sus secretos tesoros. Una mirada introvertida. Mirada que reflejaba las tensiones interiores, dirigidas hacia el más allá, hacia regiones inexploradas del alma humana. En una conversación animada sus ojos podían irradiar fulgores violentos, pero en las horas sombrías la

soledad se expresaba a través de ellos con una apariencia lúgubre, amenazadora, como si procediese de profundidades desconocidas». ¿Presagios de la enfermedad cerebral que habría de arruinarlo?

Al mismo tiempo que se sentía atraída por Nietzsche, experimentaba Lou una sensación de rechazo. Y Nietzsche, mientras discutía con su amigo y con Lou aquella «convivencia de tres», bien en París o en Viena, y en tanto Lou trataba de convencer a su madre para que la dejase vivir sola, cavilaba cómo podría aproximarse a la muchacha, apartándola de Rée.

Un hombre más se enamora de Lou. Y una vez más Lou se muestra indiferente.

En última instancia la señora von Salomé acuerda depositar a su hija bajo los cuidados de la madre de Rée. Al cabo de un tiempo de vivir con la familia de Rée, Lou se encuentra con Elisabeth, hermana de Nietzsche, durante un festival Wagner, en verano. Es el estreno de **Parsifal**. Acuden personalidades de todas partes. Nietzsche, no. Está enemistado con Wagner. Pero escribe a Lou en estos térmi-

## ALGUNOS PENSAMIENTOS DE LOU VON SALOME

- «La vida humana, toda vida, es, de hecho, poesía.»
- «Si ya no tienes felicidad para darme, dame tu dolor.»
- «Una mujer no muere de amor, pero, si el amor le falta, se extingue.»
- «Si dos seres son totalmente honestos en este acto (el amor), uno de los más transitorios que existen, si no se exigen mutuamente la más pequeña fidelidad, y si cada uno de ellos se siente satisfecho con la felicidad del otro mientras dure, vivirán en un estado de locura divina.»
- «Al amar nos socorremos mutuamente, como cuando se aprende a nadar con la ayuda de un chaleco salvavidas; actuamos como si nuestro compañero fuese el mar que nos arrastra.»



Cabello oscuro, liso y recogido en la nuca, ojos azules y profundos, boca dulce y sensual, austera en el vestir, Lou llamaba sobre todo la atención por su figura y su personalidad. «Louise es un diamante», afirmaría uno de sus profesores.

nos: «Si pudiese estar junto a usted, sería incluso capaz de soportar la música de **Parsifal**».

La hermana de Nietzsche, sin embargo, no simpatiza con Lou. De naturaleza y educación opuesta a la de la joven rusa, la considera una perversa. La acompaña de muy mala gana a Turingia, donde vive su hermano en una casa de campo.

Habrà de ser un verano extraordinario para Nietzsche, junto a Lou, en pleno campo. La hermana apenas les hace caso. En un diario-correspondencia con Rée, que muere de celos, Lou confiesa: «Como tú sabes, hablar con Nietzsche es apasionante. Y todavía lo es más cuando coincides con él en ideas y sentimientos... Nos entendemos perfectamente».

En realidad, ambos buscan a Dios. En su primer libro, **Una lucha por Dios**, escrito tres años después de su encuentro con Nietzsche, Lou aborda una serie de cuestiones que había discutido con el filósofo.

Y Nietzsche, dividido entre el amor a su hermana, su confidente y amiga desde la infancia, y su pasión por Lou, decide romper con aquella.

Ya en Leipzig, rotas las relaciones con su madre y su hermana, Nietzsche, esperando a Lou y a Rée para su «convivencia de tres», observa cómo ella le rehuye y su sufrimiento llega a ser de tal intensidad que incluso piensa seriamente en suicidarse.

#### LA GENESIS DE «ZARATUSTRA»

Cuando Nietzsche sabe que Lou vive con Rée le escribe pidiéndole una respuesta defini-

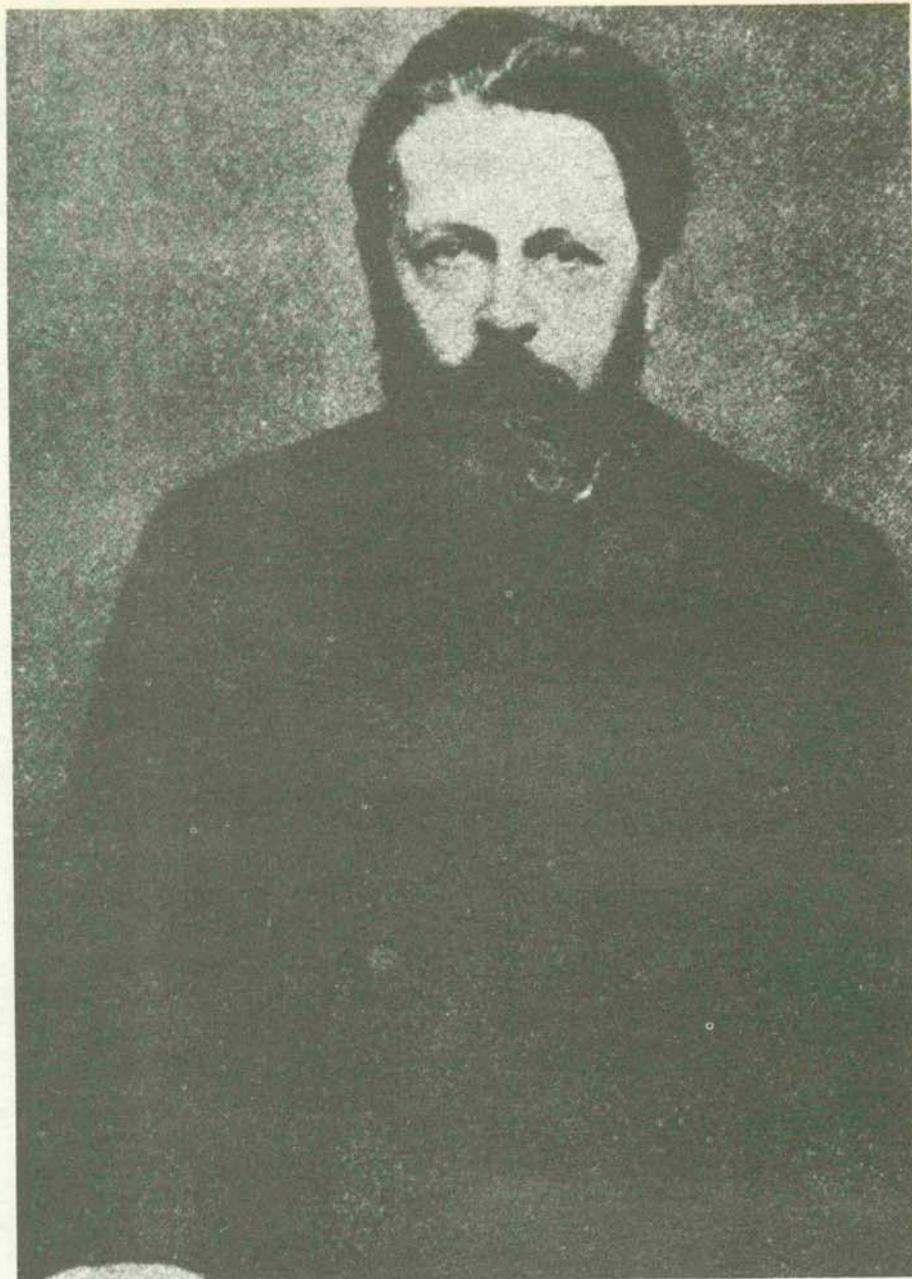
tiva y clara. Le dice «mi querido amor». No pretende censurarlo, pero ¿por qué no es sincera con él? Que le dé a Rée lo que no pudo proporcionarle a él.

Todavía vive desesperado. Le dice a Rée en una carta que si Lou fuese hombre le retaría a duelo.

Entretanto, Lou, feliz por haber comenzado la batalla por su independencia personal, vive con su «hermano» Rée, frecuentando al propio tiempo un grupo de jóvenes humanistas y científicos.

Por su parte Nietzsche, para vencer la depresión a la que le había conducido la pasión no correspondida por Lou, comienza a escribir su obra fundamental, **Así hablaba Zaratustra**, como un desafío al mundo que tan cruelmente le había desengañado. **Zaratustra** es el superhombre. Seguramente Nietzsche nunca hubiera escrito **Zaratustra** (que llegó a ser la biblia del fascismo) si Lou lo hubiese aceptado. El superhombre era la respuesta a su propia frustración.

Mientras Nietzsche sufría terriblemente, Lou vivía con Rée, hermano y hermana, según el pacto que habían hecho, aunque Rée mantuviera la esperanza de convertirse algún día en su marido o su amante. Respetaba y quería tanto a Lou que le consentía todos los «flirts» (en el círculo de filósofos y científicos tenía numerosos pretendientes), a sabiendas de que, al final, acababa regresando a él. Cuando la hermana de Nietzsche, Mavilde y la propia señora Rée comienzan una campaña de descrédito contra Lou, deciden conjuntamente que ella escriba un libro. Escribirlo sería para todos la prueba de que Lou no había abandonado su país para di-



Friedrich Carl Andreas, con quien Lou decidió sorprendentemente contraer matrimonio. Un matrimonio de cuarenta y tres años nunca consumado, que fue más que nada un campo de batallas. Andreas, médico y profesor de lenguas orientales, no aceptó el divorcio.

vertirse, sino para estudiar y trabajar.

De este modo nace **Una lucha por Dios**, publicado bajo un seudónimo masculino, donde Lou expresa, a través de sus personajes, el contraste entre las ideas de Rée y las de Nietzsche (mostrando su preferencia por el último), y donde condena el estado de inferioridad de la mujer, reclamando una verdadera igualdad entre los dos sexos.

Rée, advirtiendo cómo Lou

se muestra cada vez más distante, decide estudiar Medicina, no para hacerse rico, sino para ser útil a los pobres y desdichados—lo que, paradójicamente, contradice el escepticismo de su pensamiento—.

Continúan, sin embargo, viviendo juntos, sin que nadie pueda afirmar que son amantes. Rée mantiene su esperanza en el milagro de amor de Lou.

Se produce entonces lo insó-

lito: Lou se encuentra con un hombre con el que decide casarse: Friedrich Carl Andreas. Cuando da a conocer a Rée su decisión es como si un rayo le fulminase. Lou nunca podrá perdonarse haberlo herido tanto. Con aparente serenidad, Rée abandona la casa dejando escrito: «Apiádate de mí pero no me busques más».

Paul Rée acaba dedicándose a sus enfermos. En 1901 lo encuentran, despeñado desde un acantilado, en el río donde Lou y él, quince años atrás, habían pasado días de intensa felicidad.

### OBRAS DE LOU VON SALOME

- «Una lucha por Dios» (1885)
- «Personajes femeninos en Ibsen» (1892)
- «Nietzsche en su obra» (1894)
- «Ruth» (1895)
- «Sobre un alma afligida» (1896)
- «Fenitschka. Una orgía» (1898)
- «Los hijos de los hombres» (1899)
- «Madrecita» (1901)
- «En la zona crepuscular» (1902)
- «Erotismo» (1910)
- «Tres cartas a un muchacho» (1917)
- «La casa» (1919)
- «Hora sin Dios» (1922)
- «El diablo y su abuela» (1922)
- «Rodinka» (1923)
- «Rainer María Rilke» (1928)
- «Mi gratitud hacia Freud» (1931)
- «Memorias» (publicado en 1951)
- «Correspondencia Rilke-Salomé» (1952)
- «En la escuela de Freud» (1958)

### UN EXTRAÑO MARIDO

Lou confesó siempre que se había casado con Andreas porque él la había obligado. Era un hombre que, habiendo leído su libro, buscó su amistad y le contó su vida como si fuese una historia de **Las mil y una noches**. De origen oriental, médico y profesor de lenguas orientales, venía como profesor a Berlín. En sus **Memorias** dice Lou que, en vísperas de su matrimonio (acaso por haberle dicho que no quería casarse con él), se clavó un cuchillo en el pecho. Por este hecho acabó conquistando a Lou, aunque la perdiera para siempre, ya que su matrimonio, que duró 43 años, nunca fue consumado.

Los primeros tiempos de convivencia fueron una auténtica batalla. Finalmente, Andreas, viendo que Lou era indomable, se resignó a aceptarla tal como era. Uno de los biógrafos de Lou explica la negativa de mantener relaciones íntimas con su marido en el «schock» que le habían causado los intentos violentos de él para poseerla, e incluso en el hecho de que Lou viese en él a un padre. Andreas era 15 años mayor que ella.

Andreas nunca quiso divorciarse, pero, como Lou exigía vivir su vida, propuso a su marido encontrar una «sustituta», que acabó siendo su ama de llaves, María, de quien tuvo dos hijos.

### EL APOGEO LITERARIO

Estamos a finales de siglo. Aparece el automóvil. Y la telegrafía sin hilos, los aviones, la electricidad. Lou, que viaja constantemente de Berlín a París, a Viena, San Petersburgo, Estocolmo, se entusiasma con las nuevas ideas, se relaciona con escritores y artistas

de vanguardia, escribe para los periódicos, hace crítica de libros. Los rumores sobre su encuentro y separación con Nietzsche le proporcionan una aureola casi legendaria —así como su origen ruso—, en una época de efervescencia política. Además, sus artículos y libros, mezcla de autobiografía y descubrimientos psicológicos, son una voz nueva. Era insólito que un autor femenino se expresase en aquellos términos.

Mientras los hombres, unos tras otros, se apasionan por esta mujer, ella nunca pierde de vista su principal objetivo: la libertad. Para conseguirlo trabaja sin cesar. En 1892 publica un ensayo sobre Ibsen y a continuación un libro sobre Nietzsche, al año siguiente su novela Ruth, y otros títulos. En 10 años, 8 libros y 50 artículos.

Su gloria literaria y su fama de mujer fatal le facilitan las relaciones con escritores y artistas de todas partes. Es considerada por la vanguardia intelectual como una militante de la justicia social y de la libertad sexual.

Pero su destino es irónico: a pesar de estar siempre dispuesta a discutir los más íntimos aspectos del amor, Lou nunca tuvo un amante. Circulan también maliciosos rumores: la creen frígida, hermafrodita. Ella misma llega a escribir: «No haber amado es no haber vivido».

Hasta los 36 años, sin embargo, parece que Lou, a pesar de todas sus aventuras amorosas, conserva su virginidad. Es, al menos, lo que ella afirma. Entre los hombres que más destacan en su vida, después de Paul Rée y Nietzsche, están el dramaturgo Frank Wedekind, con quien vivió momentos maravillosos en

una cabaña de los Alpes y que la atrae por su fortaleza física, por su virilidad, y el médico Friedrich Pineles (Zemek), que pasó por ser su marido «oficioso» durante doce años. Si Lou no se decidió nunca a casarse con él fue porque sabía que Andreas jamás le concedería el divorcio; pero también porque no tenía la certeza de que podría serle fiel a Zemek.

Es entonces cuando aparece Rilke. Con 22 años, Rilke está en los comienzos de su carrera literaria: hacía poemas, piezas teatrales, crítica de libros, dirigía una revista literaria. Era un joven tímido, frágil, pálido, de ojos profundos e inquietos, barba suave, labios sensuales, y desde el momento en que conoció a Lou y leyó sus escritos nunca la abandonó. «Con rosas en la mano recorrí toda la ciudad en su busca.»

Lou encontró en Rilke un amante, un hermano y un hijo, todo al mismo tiempo. Aunque muy joven, Rilke no era ningún inocente, antes al contrario. Lou escribió en sus **Memorias**: «Fui tu mujer durante años porque tú fuiste la primera realidad en la que hombre y cuerpo eran inseparables uno del otro, razón incontrovertible de la propia vida».

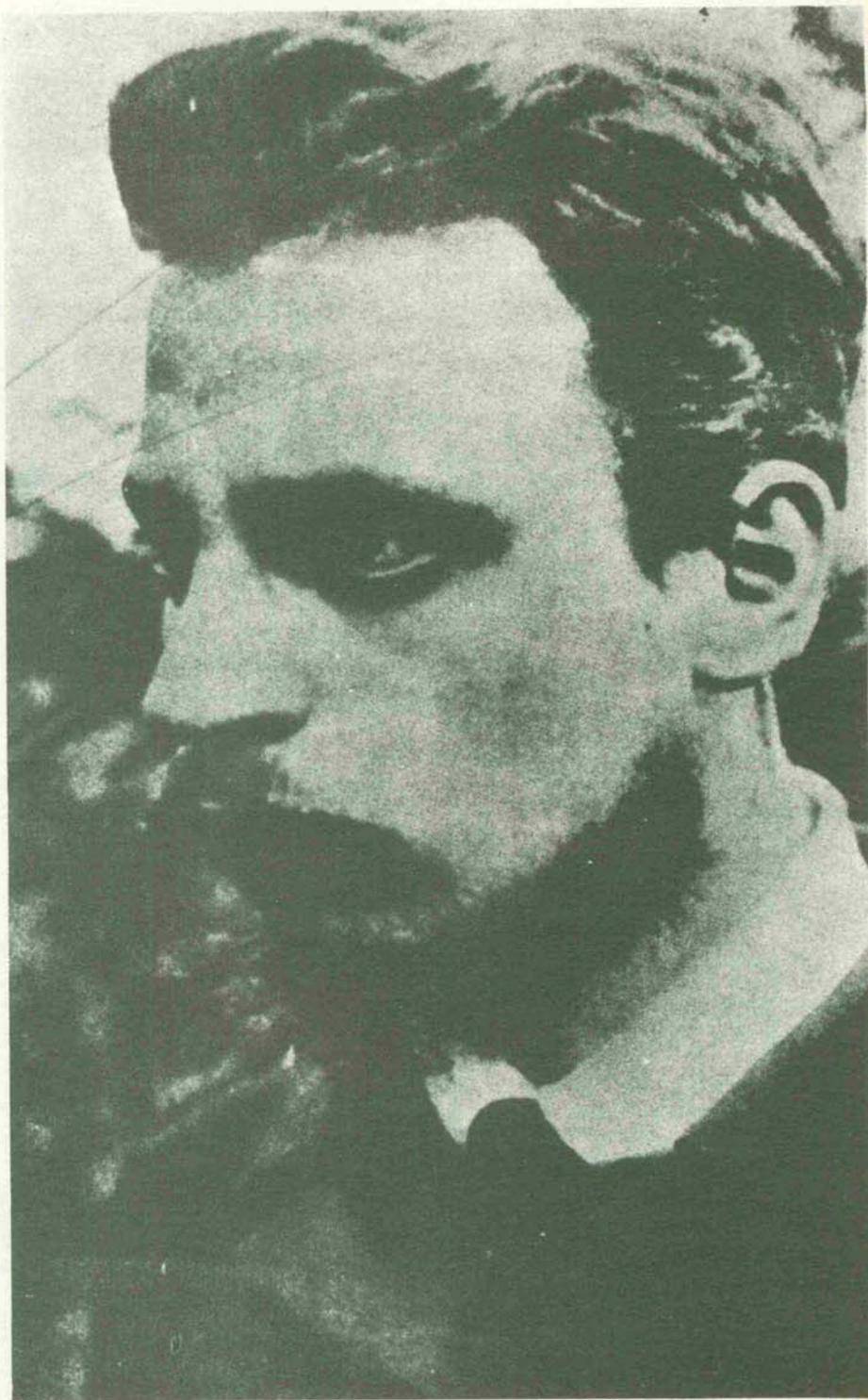
Un amor juvenil y exaltado. Rilke decía que quería «perder su propia identidad para disolverse totalmente» en ella. Y Andreas, siempre celoso de los admiradores de su mujer, creyendo que Rilke era el menos peligroso, tal vez debido a su juventud, llegó incluso a encariñarse con él.

Es con Lou con quien Rilke aprende a amar a la naturaleza y a disfrutar con las sencillas alegrías de la vida. Ante sus frecuentes depresiones, Lou intenta recuperarlo ani-

mándole a trabajar, a escribir (ella misma posee una gran capacidad de trabajo). De esta forma Rilke hace un curso de historia del arte, viaja a Florencia y allí escribe su **Diario Florentino**, que dedica a Lou.

Cuando Rilke regresa de Italia, ansioso de refugiarse en

los brazos de su amada, Lou lo recibe gentilmente pero dándole a entender que todo había terminado. **El poeta no se conforma, se rebela, le implora que no se aparte de él: «Para mí tú no eres un destino, eres un millar de destinos, lo eres todo».**



Lou encontró al mismo tiempo en Rainer Maria Rilke un amante, un hermano y un hijo. «Fui tu mujer durante años porque tú fuiste la primera realidad en la que hombre y cuerpo eran inseparables uno del otro», dejó escrito Lou sobre el poeta (aquí, en 1897).

Van juntos a Rusia (Rilke aprende idiomas con tanta facilidad que ya lee y habla correctamente el ruso), y la influencia de Lou, obsesionada por la existencia de Dios, proporciona a sus versos una nueva espiritualidad. En este viaje a Rusia, Lou se reencontra también con su juventud:

«Solamente es ahora cuando yo llego a ser lo que otras personas consiguen a los 18 años: ser yo misma». Este descubrimiento pondría fin a su romance con Rilke.

Rilke sufre, llega incluso a escribirle una carta llena de odio. Lou le contesta: «Soy eternamente fiel a los recuerdos, pero jamás lo seré a los hombres».

Sin embargo, siguen siendo amigos y se ven con cierta frecuencia. A las puertas de la muerte, en un sanatorio suizo, en 1926, todavía el gran poeta austriaco pediría a los médicos que consultasen a su amiga: «Lou, que todo lo sabe, sin duda conoce un remedio para mi dolor».

Estamos en 1911 y Lou,

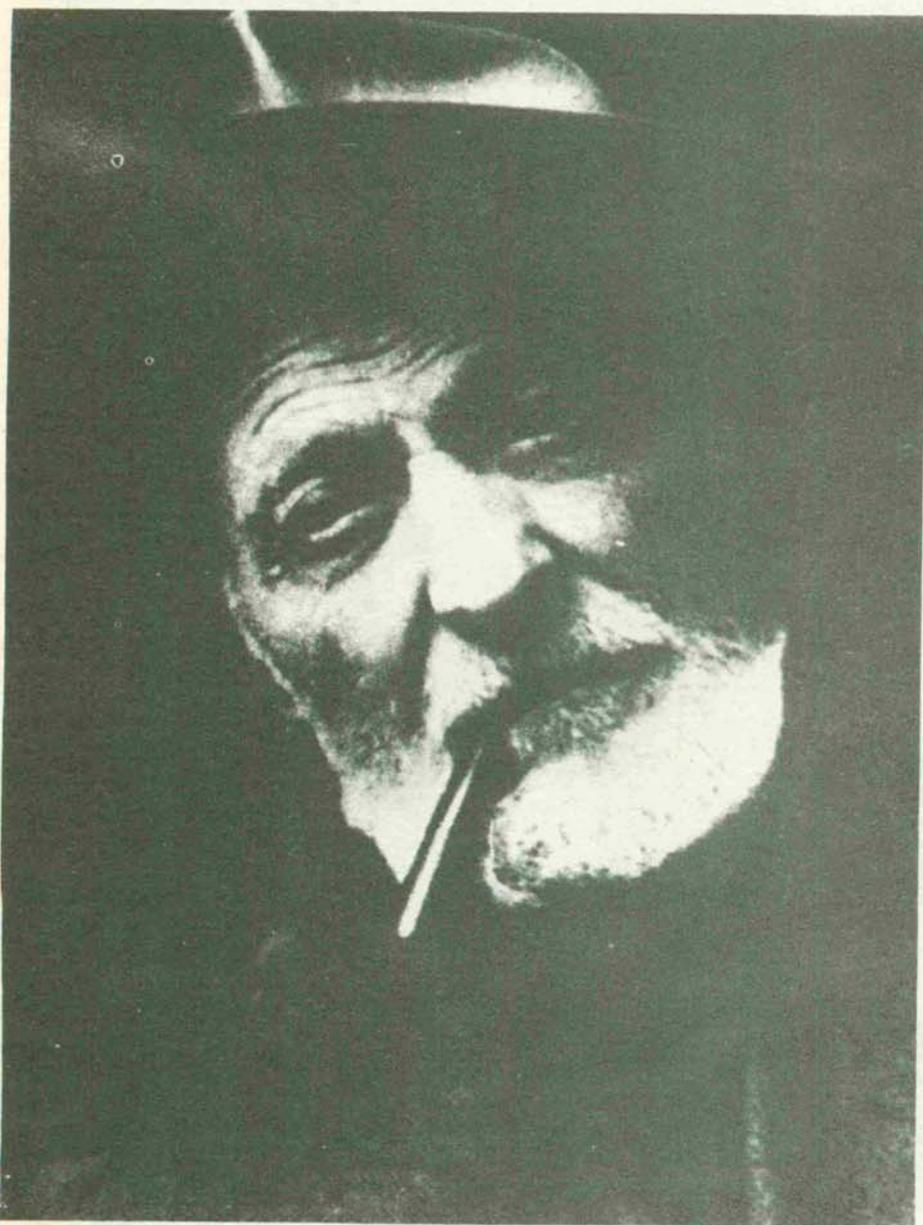
después de haber sufrido grandes disgustos con la muerte de Rée en 1901, que ella considera un suicidio, con la desesperación de Rilke motivada por la ruptura de sus relaciones, con la esperanza frustrada de ser madre de un hijo de Zemek (¿pierde la criatura debido a una caída?) —Zemek, el hombre que en realidad nunca se separó de ella, que nunca se casó por su causa—, deja de lado la literatura y, durante algún tiempo, se dedica a la psicoterapia.

Es entonces cuando conoce a Freud. Los impulsos y las pasiones humanas siempre le habían impresionado y se decide a estudiarlos seriamente. Escribe un libro sobre problemas sexuales titulado **Erotismo**: el conflicto entre el matrimonio y el amor, la distinción entre el amor sexual y la placidez de la paz conyugal.

Freud se interesa inmediatamente por esa discípula de tan brillante espíritu, de tan hermosa figura, y también tan desinteresada, sin la menor sombra de vanidad sobre su persona ni para con su obra literaria. Durante años Lou asiste a las clases y sesiones prácticas de Freud. Más tarde, el maestro llegará a confiarle pacientes a quienes ella escucha detenidamente y trata a través de la psicoterapia. Según Freud, mientras él escribía en prosa, Lou era «la poeta del psicoanálisis».

Al mismo tiempo que los discípulos y colegas de Lou se encaprichan continuamente por ella —muchos, jóvenes que podían ser sus hijos—, ella colabora en la revista de Freud, **Imago**, con artículos sobre el narcisismo, la religiosidad, la feminidad, y otros.

A los 50 años Lou conser-



«La poeta del psicoanálisis», llamó Freud a Lou von Salomé. Durante años, ella acudió a las clases y prácticas del médico vienés (en la imagen), quien le acabó por confiar pacientes a los que Lou trataba por medios psicoterapéuticos.

vaba la belleza y la vitalidad de una muchacha de 20. Sus amigos, asombrados, suponen que ella posee alguna fórmula mágica para la eterna juventud: conserva la gracia al andar, el tiempo le dulcificó las facciones, ofrece una risa contagiosa. La fuente de su juventud reside, concretamente, en su siempre renovado amor físico y espiritual.

Ahora se siente feliz porque puede aliviar el sufrimiento humano. Refiriéndose a su manera pausada de hablar, a su preocupación y tolerancia, un paciente declara: «Nunca volví a tener una sensación de bondad conciliadora o, por decirlo de otra forma, de compasión, como la que sentí junto a ella».

Cuando Freud cumple los 70 años, ella escribe **Mein Dank an Freud (Mi gratitud hacia Freud)**.

Los años van pasando. Lou envejece, sin preocuparse mucho por eso. Fallece su marido. Sus amigos van desapareciendo. Ya sola, ve a Hitler subir al poder en Alemania. Es también testigo de cómo el nazismo adultera las doctrinas de Nietzsche para adaptarlas a sus fines. Sabe que es odiada por haber sido amiga de Freud. Pero, lejos de pensar en abandonar Alemania, continúa viviendo en su casita sobre una ladera, en Hainberg, viviendo con lo imprescindible (nunca había sido muy exigente), tratando todavía a sus pacientes, elaborando una autobiografía, recibiendo a quien la busca (fundamentalmente jóvenes), impresionado por sus libros. Más de un centenar de artículos y críticas y cerca de 20 libros de ensayo y de ficción.

Pocos días antes de morir



Hasta casi el final de sus días, Lou conservó la belleza y la vitalidad de cuando tenía veinte años. Relegada por el nazismo, llegó a la muerte con amargura: «Si deo libres mis pensamientos, no encuentro a nadie. Verdaderamente, la muerte es lo mejor», dijo al morir.

murmura para dos amigos que no la habían abandonado: «*Si deo libres mis pensamientos, no encuentro a nadie. Verdaderamente, la muerte es lo mejor*». Muere durmiendo, en enero de 1937, a los 76 años.

Después del entierro de Lou Salomé, al que solamente asistieron esos dos amigos, la Gestapo subió a la colina para

confiscar su biblioteca. La acusaban de haberse dedicado al psicoanálisis —esa «ciencia judaica»—, de haber sido discípula y amiga de Freud, de poseer entre sus libros a muchos autores judíos. Le llamaban «la hechicera de Hainberg» ■ **M. O. B.** (Traducción del portugués de **Rebeca Córdoba**.)